

# JOSEP ANTONI DURAN LLEIDA

## EL RIESGO DE LA VERDAD

Memoria de una pasión política:  
desde el final del franquismo  
al colapso del independentismo

PRÓLOGO DE EDUARDO FREI Y ENRICO LETTA

JOSEP ANTONI DURAN LLEIDA

## EL RIESGO DE LA VERDAD

*Memoria de una pasión política: desde el final  
del franquismo al colapso del independentismo*

Prólogo de Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Enrico Letta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *El risc de la veritat*

© Josep Antoni Duran Lleida, 2019

© de la traducción, Francesc Riera (de la página 19 a la 215 y de la 416 a la 547) y Simón Saito (de la página 216 a la 432), 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: marzo de 2019

Depósito legal: B. 4.309-2019

ISBN: 978-84-08-20689-7

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Índice

<i>Prólogo</i>	13
<i>Introducción</i>	19
1. SE BAJA EL TELÓN	23
Repaso cronológico	23
La ruptura	28
El patrimonio común	42
Algunos errores y muchas obligaciones	44
Las finanzas y la deuda	52
2. VOLVEMOS ATRÁS: LOS INICIOS	64
Estudios y vocación	64
Cataluña y el catalanismo	73
La Transición y la monarquía	77
Política activa... y pública	88
Un liderazgo prematuro	94
3. LA MADUREZ: UNIÓ... Y CONVERGÈNCIA	100
Las primeras elecciones generales restaurada la democracia	100
¿Volar solo? Propuestas de cambio	102

Dibujar un proyecto común no fue fácil	105
La democracia cristiana	108
La Iglesia en la Transición	113
Unió y la enseñanza	123
Una transversalidad mal entendida	128
Lleida	138
Nuevas <i>obligaciones</i>	141
Tira y afloja	143
Manuel Carrasco i Formiguera	146
Memoria histórica	149
Seguimos negociando	152
Inmigración y familia	155
La articulación del Estado: ¿federalismo, pluralidad, pujolismo?	159
La ley de normalización lingüística y luchas por el poder	168
Liderazgos discutidos y unas cuantas campañas	172
Crisis profunda	178
Una relación complicada: Pujol-Roca	182
Una especie de homenaje	187
Roca: «Convergència es un partido inviable»	190
Una operación reformista	195
Volvemos a España	201
Me buscan trabajo	203
La primera consulta independentista	210
Recapitulemos	212
4. NUEVOS TIEMPOS, NUEVOS RETOS	216
¿Candidato a presidente de la Generalitat o líder del catalanismo?	216
El caso Pallerols	223
Con el PNV: una relación muy afectuosa	242

	Cataluña, Unió y el ámbito internacional	252
	El Gobierno de Aznar en su contexto	272
	La última legislatura de Felipe González	288
	Las elecciones de 1996: ¿pactamos?	298
	Exteriores, un trabajo bien hecho	307
	El Pacto del Majestic	315
	Pasemos a Andalucía: el PER	320
	Financiación y territorialidad	323
	¿Diálogo con ETA?	331
	¿Lobistas?	335
	Aznar: segunda legislatura	338
5.	EL PASADO MÁS RECIENTE: ZAPATERO EN LA MONCLOA	349
	La última legislatura	350
	El abrazo del Miniestadi: el espejismo de la sucesión de Pujol	360
	Trabajamos a fondo en Gobernación y Relaciones Institucionales... y nos despedimos	362
	Mi dimisión, ninguna sorpresa	366
	El referéndum para ratificar el Tratado de la Unión Europea	370
	Mas: un liderazgo cuestionado	377
	El tripartito y el Gobierno de Zapatero	384
	Problemas de salud	392
	Inversiones positivas – inversiones innecesarias, la crisis económica	397
	¿Qué le ha pasado a Cataluña?	418
	Una etapa decisiva: se abren las puertas al <i>procés</i>	432
6.	LA REALIDAD MÁS INMEDIATA: REFLEXIONES FINALES	463
	La independencia judicial	464

El derecho a decidir	469
¿Secesión o sumisión? La Tercera Vía	476
Construim	518
Sigue... el <i>procés</i>	524
El bien común y la declaración unilateral de independencia	530
La acción de la Justicia	533
¿Y esto quién lo liderará?	539
<i>Agradecimientos</i>	549
<i>Índice onomástico</i>	551

# 1

## Se baja el telón

### Repaso cronológico

Si la vida fuera una representación teatral —y en el caso de la política, en cierta manera lo es—, podría decir que el 16 de enero de 2016 se bajó el telón de la que yo había protagonizado, o representado, si me ajusto al lenguaje del teatro. En el escenario, con papeles principales y secundarios, se interpreta una obra, muchas veces escrita por una tercera persona. Aquí es cuando conviene recordar lo que decía Oscar Wilde: «El hombre no es nunca sincero cuando interpreta su propio personaje». Aun así, hay casos en los que la obra ha sido escrita por el intérprete o por otro actor, si hay más de uno. En política, también hay espectadores, un escenario que va cambiando y un grado de exposición pública que los tiempos modernos y las nuevas tecnologías convierten en ilimitado. Durante muchos años he sido actor de la política. Ahora he bajado del escenario y sigo la obra desde el patio de butacas. Eso sí, como un espectador particularmente sensible a lo que se sigue representando.

Pero os aseguro que, más allá del rol de espectador, ahora mismo no tengo otro papel, y todavía menos el de apuntador, como alguna vez se ha insinuado con malicia. He querido ex-



presamente poner una cierta distancia con cualquier actividad partidista, política incluso, más allá de seguirla con pasión y mucha preocupación. Es como cuando conduces un vehículo y, respetando las normas del código de circulación y por razones de seguridad, quieres mantener la distancia adecuada con el que tienes delante. Es posible que haya gente que no lo entienda e, incluso, que lo critiquen personas que me tenían como referente y que en su momento me dieron mucho. Lo respeto, pero, como todo el mundo, tengo mis sentimientos, y no es el cuerpo el que me pide esta prevención, es mi alma la que la necesita.

A pesar de todo esto, mi desaparición del escenario de la política no fue repentina. Ya he dicho que se podía intuir. Aun así, cuando asistí al Consejo Nacional de aquel sábado 16 de enero de 2016, solo personas cercanas sabían que al cabo de un rato presentaría mi dimisión. Lo sabían mi esposa, mis hijas, mi padre, mi suegro y cuatro amigos de Unió, más allá de un grupo de dirigentes del partido delante de los que, durante un almuerzo el 7 de enero, me comprometí a presentar la dimisión en el primer Consejo Nacional. Por el camino, en el trayecto de casa al hotel de L'Hospitalet, lo avancé a media docena de personas más. El conductor durante mis últimos años en Unió, Jordi García —que había sustituido al amigo de infancia y actual, y conductor casi durante toda mi vida al frente de Unió, Ramon Chauvell—, y Xavier Viejo, el jefe de prensa —gran profesional y todavía mejor persona—, también estaban informados. Pero, en general, mi anuncio en el seno del máximo órgano entre congresos del partido cayó como un cubo de agua fría. Normalmente, cuando había alguna decisión importante que comunicar —y más si se hacía en presencia de los medios de comunicación—, se presentaba una respuesta cálida. Al menos así lo intentábamos hacer en Unió. Y, cuando se trataba de *Convergència i Unió*, todavía se prepara-

ba mucho más. Ese día, sin embargo, la grada de animación no estaba organizada. Fue una sorpresa, y muchos lo lamentaron.

Semanas antes, en concreto la noche del 20-D de 2015, después de conocer los resultados electorales de Unió en el Congreso de los Diputados, lo dejé bien claro. Pero nadie se lo esperaba. Después de perder las elecciones a las Cortes Generales —por primera vez, Unió acudió en solitario con sus propias siglas—, con una emoción contenida primero en la sala de prensa delante de los medios de comunicación, y después en el vestíbulo del local del partido delante de la militancia, con la mirada perdida entre las lágrimas de mi hija Patricia —que al final de la sala exteriorizaba con más claridad lo que su padre sentía en su interior—, no servía de nada buscar excusas: no podía continuar ni lo quería hacer. La segunda derrota de Unió en tres meses me obligaba a asumir la máxima responsabilidad y a ejercerla dimitiendo de mi condición de líder.

De hecho, la noche del 27-S de 2015, al saber los resultados de la lista encabezada por Ramon Espadaler como candidato de Unió a la presidencia de la Generalitat, ya debería haber dimitido. Mi adiós a la política activa vino marcado por los 103.293 votos obtenidos por la candidatura de Unió en aquellas elecciones. Una cantidad de votos que no era nada despreciable, pero que resultaba insuficiente para obtener representación parlamentaria. El mes de junio de ese año, el día 14, la dirección de Unió había organizado una consulta interna para definir la posición frente a la hoja de ruta a favor del proceso independentista pactado por Convergència y ERC. La propuesta defendía que todo lo que se hiciera se tenía que llevar a cabo de acuerdo con la legalidad, garantizando la seguridad jurídica, excluyendo la declaración unilateral, amparándolo con las normas democráticas, dialogando con el Gobierno del Estado y rechazando cualquier escenario que nos situara fuera de la

Unión Europea y, sobre todo, que rompiera la cohesión social. ¡Es decir, lo contrario de lo que se ha acabado haciendo!

Cuando se planteó la legitimidad del derecho a decidir de la ciudadanía de Cataluña, el único partido que optó por someter su posicionamiento a la decisión de la militancia fue Unió. Pero el resultado fue ajustadísimo. Esa noche, la *consellera* de Justicia del primer Gobierno del presidente Mas, Pilar Fernández Bozal —quien, en su condición de persona independiente, había aceptado amablemente la responsabilidad de presidir la *junta electoral* del proceso consultivo de Unió—, compareció frente a los medios para comunicar un resultado muy ajustado a favor de la propuesta de la dirección: un 50,9 por ciento de votos a favor y un 46,19 por ciento en contra. Esta victoria se logró por un margen aún más estrecho cuando se realizó el recuento final. De victoria pírrica la calificó el dirigente independentista de Unió y defensor del no Antoni Castellà, que al cabo de unos días abandonó la formación.

Este proceso participativo en el seno de Unió me sirvió para remarcar algunas anotaciones personales. Ramon Espadaler, con el peso de la defensa de la propuesta de dirección, reforzó su liderazgo en Unió. Joana Ortega, entonces vicepresidenta de la Generalitat, mostró visiblemente la incomodidad que sentía: defendió con lealtad la propuesta oficial, pero muchos pensábamos que compartía esta lealtad con la que profesaba al presidente Mas. A favor de Joana Ortega y de su lealtad a Unió hay que decir, además, que hacía tiempo que manifestaba la necesidad de salir del Gobierno. No compartía algunas de las decisiones que se tomaban ni tampoco —un hecho que entiendo perfectamente— podía seguir aguantando la notoria incapacidad del *conseller* Francesc Homs, que a menudo marcaba la estrategia de gobierno. Antoni Castellà ejerció con naturalidad el papel de líder del sector independentista de Unió.

No me sorprendió. Nadie podrá decir que, al menos en este caso, no fuera coherente con los planteamientos que siempre había defendido. Él introdujo la *estelada* en las Juventudes de Unió. Y no la de la estrella azul, sino la de la roja, que siempre se ha identificado con los sectores más izquierdistas del independentismo catalán. De hecho, antes de que Castellà llegara a Unió, yo no había visto nunca ninguna bandera *estelada* en ningún acto, ni del partido ni de las juventudes. Me han dolido profundamente algunas de sus declaraciones —reiteradas— en el sentido de que si España abandonara la UE todos los independentistas serían fusilados, como Franco fusiló al presidente Companys, unas declaraciones que hacen que me pregunte si la desesperación que genera no encontrar un espacio político propio da derecho a decir salvajadas... ¡La respuesta es que no! Estas afirmaciones no hacen ningún favor a los dirigentes políticos que esperan en la cárcel a ser juzgados.

La otra protagonista de aquella consulta fue la presidenta del Parlament, Núria de Gispert. Convertida al independentismo, llegó a perder las buenas formas en su relación con la junta electoral de la consulta interna. De hecho, no fue más que un aperitivo de su actuación posterior en la escisión de Unió. Si tenía algún prestigio, lo ha perdido públicamente por lo que ha llegado a afirmar —y por cómo lo ha hecho— en los últimos años, después de abandonar la formación. Por lo que me cuentan —no utilizo Twitter ni estoy atento a él—, fui uno de los destinatarios principales, si bien no el único, de las malas maneras con las que se expresó. Su adicción tuitera la ha llevado a decir auténticas sandeces de las que la dirigente de Ciudadanos, Inés Arrimadas, ha sido la receptora principal: Núria de Gispert la animaba a volver a casa, como si Cataluña no lo fuera. Los que hemos sido formados en el humanismo cristiano y el personalismo comunitario (íntimamente ligados con el res-

peto a la dignidad humana de toda persona, hable la lengua que hable y piense lo que piense, y con la priorización de la comunidad responsable) no podemos hacer otra cosa más que lamentar profundamente declaraciones como esas. Si, además, como dirigente eres consciente —y este es mi caso— de que han contribuido en mayor o menor medida al liderazgo de Castellà o de Núria de Gispert, me siento en la obligación de pedir perdón. La reiteración de las palabras de De Gispert solo puede tener alguna explicación que a mí se me escapa. Como presidenta del Parlament, tuvo suerte: Carme Forcadell la hizo buena. Como expresidenta es el único caso en el mundo que conozco de alguien que, habiendo dirigido los debates de todas las formaciones parlamentarias, ha sido recusado.

## La ruptura

Consumada la ruptura de Unió, una fractura dolorosa que dividió el partido por la mitad, llegó la de la federación de Convergència i Unió. Con los resultados en la mano, el sector de Unió que perdió pidió a la dirección que, con aquella victoria que ellos consideraban *pírrica*, no se llevara adelante la estrategia refrendada por la militancia. Valoraban que no era una mayoría suficiente. Con el tiempo es curioso comprobar cómo después —ya integrado este sector en Junts pel Sí—, con una victoria todavía más pírrica, impulsaron ni más ni menos que la separación de Cataluña del resto del Estado, eso que eufemísticamente empezaron calificando de *desconexión*. Si recordamos el resultado de aquellas elecciones, Junts pel Sí obtuvo el 39,59 por ciento de los votos, a los que después se sumaron el 8,21 por ciento de los obtenidos por la CUP, es decir, un total del 47,80 por ciento.

En todo caso, y más allá de respetar la consideración de *pírrica*, la dirección de Unió decidió llevar a cabo el mandato de la consulta interna. Se trataba de negociar con CDC una hoja de ruta común. Unió acababa de aprobar la suya y Convergència había suscrito una diferente con ERC. La reunión del comité de gobierno en la que se tomó esta decisión fue la más dura que se recuerda. Continuaba siendo el presidente y, por tanto, era todavía el máximo dirigente de Unió, pero hacía un año que había delegado en Ramon Espadaler —que ejercía de *conseller* de Interior en el Gobierno de la Generalitat— todas las facultades que, de acuerdo con nuestras reglas internas, podía confiarle como secretario general que era. De esta manera, de la misma forma que Espadaler había sido el principal activo a lo largo de la precampaña y de la campaña de la consulta interna, también lo era en aquellos momentos frente al otro sector del partido, frente a CDC, y además pretendíamos que lo fuera frente a la sociedad. Con buena voluntad, pidió a los socios de Convergència una reunión para intentar encontrar denominadores comunes en ambas posiciones y, por tanto, una hoja de ruta que Convergència y Unió pudieran compartir.

Ciertamente, eso habría exigido que Unió hubiera hecho alguna concesión a CDC y que CDC se la hubiera hecho a Unió. Era difícil pensar que fuera posible armonizar una posición común de CiU con la hoja de ruta que CDC había asumido con ERC. Pero Unió lo intentó; CDC, no. De malas maneras, en nombre de CDC, Josep Rull lo dejó bien claro con una media sonrisa que rezumaba ironía y, sobre todo, superioridad: la posición de CDC era «innegociable e inamovible». Para ellos solo había una posibilidad, que era la hoja de ruta pactada con ERC, sí o sí. Se anticiparon a lo que más tarde sería referéndum: sí o sí. Es decir, en un caso y en el otro, no dejaron ningún margen de negociación. Este era el concepto que los diri-

gentes independentistas tenían de diálogo y que, por otro lado, veo que mantienen.

La federación de *Convergència i Unió* quedó oficialmente disuelta a partir de entonces. A *Unió* no se le dejó ninguna otra vía que la de optar a presentarse en solitario. CDC no quería ni podía dar marcha atrás en la estrategia conjunta con ERC. ¡Era demasiado tarde! Yo, personalmente, había avisado de ello por activa y por pasiva; lo había hecho privadamente, al presidente Mas y en el marco de unas reuniones restringidas que los meses previos a la ruptura oficial mantuvimos en la Casa dels Canonges del Palau de la Generalitat, con la asistencia del presidente, de Lluís Corominas y de Josep Rull por parte de CDC, y de Ramon Espadaler, de Josep M. Pelegrí y de mí mismo por *Unió*. Sabía lo que iba a ocurrir. Nos romperíamos y, encima, pondríamos en bandeja la hegemonía de ERC en el espacio nacionalista, que se reconvertiría claramente al independentismo. Es ese principio tan básico y tan universal de que, entre la copia y el original, siempre se acaba optando por el original.

Me explico: en el espacio independentista, a pesar de que coyunturalmente Puigdemont —más de la CUP que convergente— mejoró muchísimo la calidad, *Convergència* representaba la copia y ERC era el original. Son unas advertencias que también repetí en público. Sabía que en CDC no gustaban. Lo encontraba lógico, y de hecho ellos me lo recriminaban. Me hizo gracia leer en la portada del diario *El Mundo* del 17 de marzo de 2017 que el tesorero de CDC, Daniel Osácar —a quien he considerado siempre una buena persona—, me señalaba como responsable del declive electoral de CiU en una carta dirigida al presidente Mas; una carta que forma parte de la instrucción del sumario conocido como del 3 por ciento en relación a una presunta financiación irregular de CDC.

La afirmación de Osácar coincidía, además, con opiniones

que dirigentes de CDC expresaron a los medios de comunicación en mi contra. Acostumbraban a hacerlo a escondidas, sin hacer constar nombre y apellidos, salvo en algunas excepciones. A mí siempre me ha gustado dar la cara y, si tengo que decir algo, lo hago abiertamente, sin esconderme. En las reuniones de la ejecutiva nacional de CDC, el deporte más habitual era el pimpampum contra mi persona. Mas intentaba defenderme, al menos eso me decía y eso he creído siempre. De hecho, cuando se oficializó la ruptura con Unió, Mas, como presidente de CDC, dijo en una ejecutiva: «A partir de ahora sed conscientes de que ya no podremos culpar a Duran de los resultados electorales». A día de hoy, ignoro si, a la vista de la evolución del apoyo electoral de la antigua CDC, todavía sigo siendo para algunos el responsable de sus errores.

El viernes 19 de junio de 2015 me reuní por última vez con el presidente Mas en el Palau de la Generalitat. Desde ese día no hemos vuelto a vernos, ni siquiera hemos hablado por teléfono. Mejor dicho, lo hicimos un par de veces la semana previa al día en que el Parlament asumió el resultado del referéndum ilegal del 1-O y optó unilateralmente por la independencia. La noche del domingo día 22 de octubre propuse por teléfono a Miquel Roca que redactáramos a cuatro manos un documento, una propuesta —que fuera firmada por representantes de entidades cívicas, sociales y económicas de Cataluña— dirigida respetuosa y públicamente al presidente Puigdemont para que convocara elecciones. Miquel Roca consideró más oportuno que él y yo fuéramos a verlo y que, antes de hacerlo, yo hablara con el presidente Mas (Miquel creía que Mas sería más receptivo conmigo que con él, cosa que me sorprendió) para pedirle que nos hiciera de poli bueno y que pidiera a Puigdemont que nos recibiera. Roca, por su parte, se lo pediría también a Puigdemont por teléfono.



Al día siguiente hablé con Mas, y Roca me dijo que lo había hecho con Puigdemont. Mas tenía que ver al presidente en el Palau por la tarde, se lo comentaría y después me llamaría. No me telefoneó hasta el martes por la noche para decirme que no se había atrevido a trasladarle la propuesta, que veía a Puigdemont muy nervioso y presionado, y que lo haría al día siguiente. No sé cómo acabó la cosa... No me dijo nada más, y me hago cargo, conociendo la dinámica de aquellos días. Entendí que Mas era partidario de convocar elecciones, pero no puedo poner esas palabras en su boca. Después, en declaraciones ante el Supremo y medios públicos, me ha ido ratificando esta impresión. De Roca y sus gestiones con el presidente tampoco volví a saber nada más nunca.

Con el presidente Mas he intercambiado mensajes afectuosos alguna Navidad o por la defunción de algún familiar cercano. Eso es todo. La que fue, pues, la última reunión sirvió para despedirnos como personas civilizadas y para desearnos buena suerte. En el terreno de la política, creo que ni uno ni otro la hemos tenido, la suerte, pero he de confesar que no doy ninguna importancia a la suerte en el ámbito político ni en mi vida privada. Me duele mucho más que la fortuna no haya acompañado a Convergència i Unió, a Unió, a CDC y, sobre todo, al catalanismo político moderado no independentista que nuestra coalición había representado toda la vida.

Acostumbro a analizar la situación política con rigor —por lo menos lo intento—, y creo que a menudo acierto en el diagnóstico. Pero hay algo en lo que me gustaría no haber acertado nunca, y aún menos adivinarlo. Fue lo que dio pie a que publicara un libro en el mes de marzo de 2017 con el título *Un pan como unas tortas. ¿Valía la pena romperlo todo?* Venía haciendo el diagnóstico desde el año 2012. La expresión *un pan como unas tortas* la pronuncié por primera vez el 2 de octubre de 2013 en

una entrevista en Catalunya Ràdio con Mònica Terribas. Después continué insistiendo en la idea y podría decir que la perfeccioné. En ese momento afirmé que «el *procés* no traerá la independencia de Cataluña, pero romperá el PSC, y algunos se frotarán las manos, pero se equivocan; el *procés* romperá CiU y Unió, el *procés* dividirá a IC Verds y el *procés* hará subir a Ciudadanos y consolidará ERC como la fuerza hegemónica en el espacio nacionalista, y habremos hecho un pan como unas tortas». Ciertamente, lo hemos hecho: un pan como unas tortas.

Desgraciadamente, el estropicio no se limitó a los espacios políticos: acabó afectando a la sociedad, a los familiares, a los amigos, a los compañeros de trabajo... ¡Ah! ¡Y confieso una debilidad en mi pronóstico! Más allá de no situar en el horizonte la fuerza de Podemos en España o la del mundo Colau en Cataluña, no fui capaz de prever que, con su subida, Ciudadanos podía llegar a ser una opción de gobierno en España. De hecho, el independentismo ha sido la clave que permite entender —junto con la corrupción, todo sea dicho— el aumento de este partido, tanto en Cataluña como en el conjunto de España. En Cataluña, el afán de Convergència por ganar a ERC en el espacio independentista y en el conjunto del Estado y la pelea de Cs por desmontar al PP del españolismo han sido factores clave en el desenlace de todo el proceso independentista.

De hecho, cuando Pedro Sánchez presentó la moción de censura y la ganó en mayo de 2018, fueron la corrupción y la sentencia sobre Gürtel las que la motivaron. Pero ajustémoslo: lo que hizo ganadora la moción fue el conflicto catalán, que Rajoy no fue capaz de afrontar políticamente. El 16 de octubre de 2013, en sesión de control parlamentaria, le dejé claro que, si frente a la cuestión catalana no actuaba con diálogo con el resto de las formaciones políticas de la cámara, acabarían por aprobarle una declaración unilateral de independencia, la

DUI. Cuatro años después, el 30 de octubre de 2017, el Parlament de Cataluña la aprobó en votación secreta. En su momento, la prensa de Madrid tituló mi intervención en la sesión de control de 2013 como una amenaza a Rajoy, a pesar de que yo había dicho que no la votaría y que compartía la opinión de que no era buena para Cataluña, y tampoco para España. En 2017, los mismos medios decían que había advertido a Rajoy y que le había pedido que hiciera política, que cogiera el toro por los cuernos. ¡No lo hizo y así nos ha ido a todos!

Sin el problema catalán —que es un problema de todos los españoles, incluidos los catalanes—, Cs no habría efectuado el *sorpasso* demoscópico al PP y nada habría sido igual en la moción de censura. El independentismo acabó llevándose a Mariano Rajoy por delante. Antes ya se había llevado a Unió y a mí mismo, obviamente. En alguna ocasión, Rajoy y otros dirigentes del PP, lamentando de buena fe que hubiera abandonado la política activa, remarcaban el hecho que acabo de subrayar, es decir, que el independentismo era la causa de eso. Pero olvidaban que, si bien era una causa, no era la única. La actitud de Rajoy y del PP es, también, la causa de la demolición del catalanismo moderado. Si hubieran dicho *hablemos* cuando defendía que la vía de solución continuaba siendo el diálogo y no la ruptura con España, la historia habría sido diferente.

Ahora, sin embargo, solo me interesa continuar haciendo referencia a la ruptura de CiU y a la de Unió, que han resultado claras también para determinar el fracaso electoral de Unió. Tres meses después de romperse la federación, Unió se presentó en solitario por primera vez desde la recuperación de la democracia tras la muerte de Franco. No lo había hecho nunca antes. Solo había probado suerte durante la Segunda República en el Parlamento catalán y obtuvo un único escaño, el de

Pau Romeva. Es cierto que Carrasco i Formiguera fue diputado en Madrid, pero había obtenido el acta en las listas de otro partido, Acció Catalana. Cuando Carrasco dejó Acció Catalana y se pasó a Unió, lo hizo con el escaño. El sistema electoral de la época era diferente, y yo al menos no he leído nunca que se le hiciera ninguna acusación de transfuguismo. ¡No habría sido justa! En cambio, curiosamente, aunque en la actualidad existe un pacto antitransfuguismo teniendo en cuenta las listas cerradas, cuando Unió se rompió por la mitad todos los que dejaron el partido y tenían cargo se lo llevaron. No conozco a nadie que renunciara a él. Y si se me ha pasado por alto, pido disculpas a quien sería realmente la excepción. Tampoco ninguno de los partidos que los han acogido ha expresado el más mínimo respeto por el contenido y la cultura que dieron pie a este pacto.

Por tanto, Unió se presentó sola por primera vez el 27 de septiembre de 2015, pero el otro socio de la federación, es decir, *Convergència Democràtica de Catalunya*, tampoco lo había hecho nunca con sus propias siglas. Aun así, en determinados medios de comunicación era habitual que siempre, y con menosprecio, solo se recordara que Unió nunca se había presentado en solitario. También dirigentes de *Convergència* lo afirmaron públicamente. Incluso Rajoy me lo espetó en una sesión de control en el Congreso con la intención de ridiculizar nuestro partido. En cambio, con CDC no se metía nadie. No se lo recriminaron nunca. Ciertamente, en el año 1977, Unió no se presentó sola. Lo hizo bajo las siglas de la *Democràcia Cristiana* i el *Centre de Catalunya*, coaligada con el *Centre Català*.

De hecho, en Unió hubo quien defendió con uñas y dientes pactar con la UCD de Suárez para afrontar las primeras elecciones democráticas. Esta alianza no se llevó a cabo porque Unió no aceptó incluir en sus listas electorales uno de los nom-

bres propuestos por Suárez. En concreto, el de Manuel Jiménez de Parga —en ese tiempo era el protector de todos los profesores *psuqueros* de Derecho Político en la Universidad de Barcelona: Jordi Solé Tura, Francesc de Carreras, Eliseo Aja...—. Los otros nombres eran Vicenç Capdevila (exalcalde de los últimos tiempos franquistas en L'Hospitalet de Llobregat y profesor de Derecho Administrativo, ayudante en la cátedra del prestigioso Rafael Entrena Cuesta, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona) y Carles Sentís. Nos habría ido mejor, al menos electoralmente hablando.

Joan Mas Cantí, uno de los dirigentes de Centre Català, siempre me lo recuerda cuando coincidimos en actividades del Círculo de Economía, que él presidió. Pero las decisiones en política no deben tomarse únicamente por cálculos electorales, por evidentes que sean, especialmente vistos ya los resultados del 15 de junio de 1977. Echando la vista atrás podría decirse que a Unió le habría ido mucho mejor si hubiera sido el referente de Suárez en Cataluña, al menos durante unos años, porque después la UCD se deshizo como un azucarillo y acabó desapareciendo. Siento un gran respeto por la obra de Suárez, y más adelante hablaré sobre ello. Llegué a tener una relación muy afectuosa con él, pero un partido de la trayectoria de Unió no podía ir entonces de la mano de quien había sido secretario general del Movimiento. Después de esa primera experiencia del pacto con Centre Català, y sobre todo a la vista de los resultados del catalanismo en Cataluña, Unió formalizó con CDC la coalición *Convergència i Unió*.

Pero si el 15-J de 1977 Unió se presentó en coalición, esa vez *Convergència* tampoco compareció sola. Fue bajo el amparo de la coalición del *Pacte Democràtic per Catalunya*, junto con el *Partit Socialista de Catalunya-Reagrupament* que fundó el añorado Josep Pallach, la *Esquerra Democràtica de Catalu-*

ña de Trias Fargas y el Front Nacional de Catalunya. Por tanto, hasta 2015, ni Unió ni CDC probaron suerte en solitario y con sus propias siglas. Unió lo hizo sin éxito el 27 de septiembre de 2015, pero CDC continúa sin haberse presentado nunca sola. Después de haber roto con Unió, forzó la constitución de la coalición Junts pel Sí, con ERC e independientes independentistas. Ya antes, en las elecciones europeas, CDC quiso ir con ERC y, si no acabaron juntos, no fue por la posición contraria de Unió como algunos quisieron dar a entender, sino sencillamente porque ERC les dio calabazas.

Era curioso: Convergència hacía todo lo que podía, y más aún, para ir con ERC, y el partido republicano la menospreciaba tanto como podía. Según cómo se mire, incluso cuesta entenderlo, pero claramente constataba una realidad: ERC ya tenía más apoyo popular que Convergència, y por eso mismo, por intentar salvarse como fuera, Convergència abrazaba el discurso republicano. No conozco ningún antecedente de autodestrucción en todo el mundo de una fuerza política tan consolidada y fuerte como era CiU. De esta autodestrucción, Mas es el máximo responsable por no mostrar el sentido común, la consistencia ni la capacidad política para impermeabilizarse de las influencias de personajes de tercera fila que han sido decisivos a la hora de marcar las estrategias políticas respectivas. Reconozco, sin embargo, que otros también debemos tener alguna responsabilidad. No puede extrañar a nadie, pues, que esta fuerza destructiva se haya transferido a Cataluña como país con el *procés*. Después, Convergència desapareció para dar paso al PDeCAT. Y, finalmente, se ha resguardado bajo el paraguas primero de Junts per Catalunya y, justo después, en parte, en el de la Crida Nacional per la República del expresidente Puigdemont y sus amigos. Eso sí: durante aquellos años nadie nunca interpeló a CDC sobre si sería ca-

paz de ir sola a unas elecciones. A Unió nos lo repetían día sí, día también.

No tengo ninguna duda de que una de las causas principales del hecho de que Unió se quedara a las puertas del Parlament el 27-S de 2015 fue el escasísimo tiempo que transcurrió entre la ruptura de Convergència i Unió y la campaña de esas elecciones. Otra causa fue la polarización de la sociedad entre el blanco y el negro; entre los buenos y los malos. Unió era un partido de matices, y estas situaciones han jugado siempre en su contra. Ya pasó en 1936 con la polarización entre el Front d'Ordre y el Front Popular. No servimos para la división y la confrontación. Pau Romeva, dirigente de Unió en ese tiempo, decía que el nuestro era «un partido a cuadros». En 2015 la gente conocía poco a Unió. En los mítines explicaba que habíamos aparecido en los mostradores de la oferta política del mercado electoral cuatro días antes de pedir a los electores que nos dieran su confianza.

Sé que hay sectores de la ciudadanía catalana que consideran que debíamos haber abandonado CDC antes; que piensan que deberíamos haber roto la coalición cuando Convergència empezó su deriva independentista. Me lo han dicho a la cara personas de peso de los ámbitos social, económico, religioso y cultural, ¡de Cataluña y de toda España! Respeto su opinión, pero no acabo de compartirla. Algunos de los que me lo han dicho eran los mismos que, en los tres años anteriores como mínimo (de 2012 a 2015), siempre que tenían la oportunidad me rogaban que aguantáramos, que no rompiéramos con CDC, que nosotros —y yo en particular— éramos la garantía de que el presidente Mas y su partido no llevasen el país al precipicio. De hecho, sobre todo Joana Ortega como vicepresidenta, y también Ramon Espadaler y Josep M. Pelegrí sufrieron lo que no está escrito intentando —y alguna vez consiguiéndolo—

que quedaran arrinconadas en el cajón algunas propuestas del presidente Mas o de sectores de su partido bien representados en el Consejo Ejecutivo de la Generalitat. Por desgracia, no supimos o no pudimos evitar que finalmente se llevase el país al precipicio. Seguramente hubo un poco de todo.

Ahora bien, aunque he sido —al menos así lo pienso— capaz de escuchar con atención y respeto el criterio de personas a las que reconozco una autoridad —ya sea en el ámbito político o en el de la sociedad civil, en Cataluña o en el Estado—, no fue esta la razón por la que no impulsé jamás la ruptura de la coalición. No ignoré, y menos aún menosprecié, lo que me decían desde otras instancias del Estado, del Gobierno central, desde el mundo económico catalán o español, o incluso desde el sindical. Las razones, sin embargo, fueron otras. Seguramente, yo era quien tenía más elementos de juicio para saber qué era exactamente CiU y quiénes la integraban. No en vano había sido uno de los firmantes del acuerdo político que *Convergència i Unió* selló en el año 1978. A lo largo de la existencia de la coalición, en *Unió* ha habido demasiada gente que depositaba su futuro político en las siglas de CiU en general, y de CDC en particular. Sí, sí... muchas personas de *Unió* que han tenido cargos públicos hicieron muy poco para ganárselos. Es cierto que algunos conseguimos los cargos a pesar de CDC. Pero también es cierto que otros —demasiados— los tuvieron gracias a CDC. Y aquí sí que tengo una gran responsabilidad y la asumo.

Una de las acusaciones que a menudo se hacía a *Unió* era que vivíamos a la sombra de CDC. La generalización era injusta, pero tenía alguna base sólida de razonabilidad. Una buena parte del partido no habría continuado si se hubiera planteado una ruptura. O bien lo habría hecho por voluntad propia o por presiones del entorno de CDC que condicionaba sus cargos.